



## Capítulo Tres

---

SI BIEN LOS VIERNES EN LA ESCUELA ERAN PRÁCTICAMENTE un día libre, las noticias del regreso de Donovan empeoraron la situación. El director canceló la clase de la segunda hora y, en su lugar, convocó a una reunión.

Antes de que comenzara, salí sigilosamente y me dirigí hacia la parte de atrás de la pista de atletismo para fumar con Phil y Sara-Kate.

Junto a Klein y Hosea, mis dos amigos se hallaban ubicados entre las gradas y el cerco que marcaba el límite del predio de la escuela. Klein solía ir allí casi todas las mañanas. Hasta me atrevería a asegurar que le resultaría imposible recordar la última vez que había permanecido sobrio durante toda la jornada escolar.

Me divisó antes que los demás. Fue algo sutil, pero se irguió levemente y elevó un poco el mentón.

—¿Cómo va todo, Piernas? —dijo haciéndome lugar mientras sus profundos ojos verdes observaban todos mis movimientos.

Olía como si se hubiera arrojado encima todo el envase de colonia, que seguramente era de una marca extremadamente costosa, al igual que cada una de sus prendas y el auto reluciente con el que había ingresado esa mañana en el estacionamiento.

—No cosifiques a mi mejor amiga de esa manera —dijo Sara-Kate, sonriendo con desgano. Una brisa atravesó el aire y la hizo colocar los brazos alrededor del encaje negro de su vestido *vintage*, que era muy finito y estaba rasgado con gran estilo. Debía de estar muerta de frío, pero ella no cree en los abrigos hasta que la temperatura no desciende a niveles de congelamiento y, aun en esos casos, solo los usa de vez en cuando.

Me pasó un porro a medio fumar. Me di cuenta de inmediato que había sido Phil quien lo había armado. Es un experto, no hace nada a medias. Si decide ser porrero, será uno condenadamente bueno, con cigarrillos impecablemente enrollados y encendedores que nunca se agotan.

—No estoy cosificándola —señaló Klein con calma—. Yo no tengo la culpa si Theo tiene buenos atributos.

Sus ojos descendieron por mi cuello y se detuvieron en mi top rosado con cuello bebé, que Sara-Kate me había regalado para mi cumpleaños. Me encantaba pero me hacía lucir como si tuviera cinco años y, para colmo, soy chata, de modo que Klein parecía un degenerado mirándome como si quisiera arrancármelo. Me abotoné el abrigo hasta arriba.

—¿Podemos dejar de hablar de Theo como si ella no estuviera presente? —agregó Sara-Kate. Yo di una pitada

prolongada y eché una mirada alrededor del círculo mientras largaba el humo tratando de decidir a quién le pasaría el cigarrillo. Mis ojos se toparon con los de Hosea y, esta vez, los dos apartamos la vista.

Me pregunté si pensaría que le había contado a Phil y a Sara-Kate sobre su trabajo en el estudio.

El humo fluyó a través de mí con su manera tan familiar y difusa, se deslizó por mi pecho y me relajó los hombros. Cerré los ojos un instante. Quería recordar ese estado de éxtasis antes de tener que soportar a Crumbaugh en la reunión. Ella se ubicaría junto al director, porque siempre estaba en el frente cuando ocurría algo importante. Era la peor asesora escolar del mundo, desprovista de cualquier tipo de consejo de utilidad, pero siempre dispuesta a ser el centro de la atención.

Klein le dio un codazo a Hosea, pero sus ojos siguieron al cigarrillo que estaba entre mis dedos.

—¿Y de qué se trata esta estúpida reunión? —preguntó, porque nunca podía quedarse callado.

—No es estúpida —repuso Phil y se apartó el pelo de la frente. Ya lo tenía muy largo y se le formaban bucles por arriba del cuello en un estilo desgreñado propio de una vieja estrella de rock. Juro que podría viajar en el tiempo hasta cualquier día de 1972 y nadie notaría la diferencia—. Es necesaria. Escuché a un niño de primer año preguntar quién era el tal Donovan. Me dieron ganas de golpearlo.

—Tal vez es nuevo en el pueblo —aun cuando está fumada, a Sara-Kate le gusta encontrar alguna razón para justificar a la gente.

—Eso no es excusa para estar desinformado —dijo mi amigo—. Son noticias de conocimiento público.

Pensativo, Phil tomó lo que quedaba del porro y aspiró el extremo de la colilla. Por una vez, no estaba irritable sin motivo: él también había sido amigo de Donovan. Durante un tiempo, salíamos los tres juntos y comenzamos a llamarnos la Brigada café, porque no había muchos chicos en los alrededores que fueran como nosotros. Cuando nos conocimos en el kínder, yo no me enteré de que Phil era mexicano hasta que escuché a su madre regañándolo en español. Como su piel era solo un poco más clara que la mía, no entendí que la historia de la piel oscura era tan variada como sus tonalidades y que, por lo tanto, fuéramos diferentes.

—Larguémonos de acá —dijo Klein con un suspiro—. Tengo que echarme un pis.

Encabezó la marcha de regreso hacia el edificio de piedra de dos pisos, seguido de Phil con sus pantalones de pana verde manzana, y Sara-Kate tiritando mientras caminaba con sus pantimedias de red color rojo intenso. Si alguna vez la escuela exigiera el uso de uniforme o pusiera en vigencia el código de vestimenta, no sería ningún secreto quiénes resultarían más afectados.

Hosea le dio la última pitada a su cigarrillo de clavo de olor, exhaló lejos de mí, lo arrojó al suelo junto con todas las demás colillas y lo aplastó con la bota.

—Oí que estabas buscando trufas.

—¿Qué?

—¿Hongos alucinógenos? —las comisuras de sus labios se elevaron ligeramente.

Abrió la boca y volví a cerrarla sin proferir una palabra. Maldito Phil.

—No, era una amiga... Ella no estudia acá. Solo estaba averiguando.

Hosea me observó detenidamente. De cerca, sus ojos me sobresaltaron. Eran de un color gris puro y profundo. Como el acero, pero más suave. Metió las manos en el bolsillo delantero del suéter y dijo:

—Avísame si cambia de parecer. Puedo ayudarla.

—Ah. De acuerdo, sí. Gracias.

Comenzó a caminar hacia el edificio, pero yo me quedé mirándolo sin moverme. Andaba con paso firme y su pelo largo parecía terriblemente suave y desordenado al mismo tiempo. Era más alto de lo que había imaginado: por lo menos, un metro ochenta y ocho, tal vez, uno noventa. Tenía hombros anchos, que se encorvaban hacia adelante al caminar, como si se encerrara dentro de sí mismo. Permanecí contemplándolo durante tanto tiempo que giró hacia mí y me preguntó:

—¿Vienes?

De regreso a la escuela, no hablamos. Caminamos uno junto al otro pero no realmente juntos, porque él tenía novia. Ellie Harris. Y siempre andaba cerca. De hecho, me pregunté dónde estarían ella y Trisha en ese instante. No sabía si eran mejores amigas porque realmente se querían o simplemente porque estaban saliendo con Hosea y Klein.

Una vez que entramos, dejé que se adelantara un poco. Yo estaba totalmente colocada y todos circulaban junto a mí a mucha velocidad y en la misma dirección. Los

profesores intentaban controlar un poco a la multitud, pero nosotros los superábamos en número. Mis reflejos eran desastrosos y un par de chicos de segundo año, que pasaban a toda carrera tratando de atravesar la densa marea de estudiantes, me hicieron dar vueltas. Estaba a punto de perder el equilibrio cuando alguien me enderezó justo a tiempo con una mano firme.

—¡Theo! ¿Te encuentras bien?

Bryn Davenport. Se vestía muy formalmente de lunes a viernes y era probable que vomitara tres cuartos litros de vodka durante cualquier fin de semana. Una vez, le había sostenido el pelo. No fue tan terrible, era amable cuando se emborrachaba. Debió de haberme agradecido como quince veces mientras permanecimos sentadas en el suelo del baño de Victoria Martino.

—Estoy bien —respondí—. Es solo que esta mañana estoy un poco lenta.

—Dios mío, ¿puedes creer que Donovan haya regresado? —Bryn se pasó la mano distraídamente por su pelo corto y negro—. Nunca pensé que volveríamos a verlo.

—Sí —comenté, a paso de tortuga, en medio de la bruma, colocada como la mierda—. Supongo que yo tampoco.

Donovan y yo solíamos hablar sobre la secundaria aun antes de llegar a sexto curso. Habíamos jurado no convertirnos en esos amigos que dejaban de hablarse cuando cambiaban de escuela y conocían gente nueva.

—¿Y si para entonces nos hartamos de estar juntos? —yo estaba colgando boca abajo en su cama con la cabeza cerca

del suelo y sostenía en la mano una barrita pegajosa de chocolate con fresa.

—No vamos a hartarnos de estar juntos, Theo —afirmó desde el otro lado de la cama. Mis pies estaban cerca de su cabeza y viceversa—. Nos conocemos de toda la vida. Casi. ¿Qué puede cambiar?

—No lo sé —recorrí con la mirada su dormitorio: la guarda azul y gris del empapelado de las paredes, que tenía grandes pelotas de béisbol; la manta gastada haciendo juego y las cortinas desteñidas por el sol; la estantería con revistas de historietas del otro lado, junto al escritorio. Ya estaba muy grande para esa habitación (excepto para las historietas: estaba segura de que nunca sería demasiado grande para ellas), pero creo que una parte de él se resistía a pedir un nuevo dormitorio y menos infantil. Igual que yo odiaba pensar que ese probablemente sería el último año en que podría admitir que todavía jugaba con muñecas.

—¿Y qué pasaría si te consigues una novia y yo no le agrado? —señalé mientras hacía sonar los dedos de los pies junto a sus oídos—. ¿O dejas de hablarme porque no quieres que se entere de que te chupaste el dedo hasta tercer curso?

—¡Solo cuando no había nadie cerca! —se quejó en voz muy alta mientras empujaba con fuerza mis piernas, casi arrojándome de la cama—. Y yo sé varias cosas sobre ti.

—¿Ah, sí? ¿Te refieres al Sr. Sapo? —mordisqueé el extremo de la barrita—. ¿Y qué? Está sobre mi cama, pero ya no tomo el té con él.

—No, les contaré que roncas cuando duermes.

—¡Eso no es cierto! —me incorporé con los codos pero lo único que pude ver fue su cuerpo estirado a mi derecha, con una camiseta azul y anaranjada de los Chicago Bears—. Tú eres el que ronca... y se *babea*.

—Al menos mis padres no dejan una luz encendida por la noche en mi habitación *por las dudas* —echó a reír y le di un golpe en el muslo. Después abandonamos el tema porque yo tenía que pedirle una bolsita de dulces que estaba fuera de mi alcance.

—En serio, Theo, nos llevaremos bien, ¿verdad? Secundaria, novias, novios, lo que sea, ¿no? —su voz se fue apagando como si pensara que no debería haber dicho nada. Como si hubiera sido demasiado sincero y creyera que yo me burlaría de él.

—Por supuesto —respondí, y esas dos palabras flotaron en el aire por unos segundos, como si se tratara de un acuerdo verbal. Y luego—: ¿Dónde ibas a conseguir a otra que te soporte tanto como yo?

Donovan había permanecido con nosotros hasta el final de la primaria, de modo que los alumnos que pasaron a esta escuela para empezar la secundaria o cambiaron de una institución privada a esta —como Sara-Kate y Klein—, solo sabían de él a través de las noticias y de las historias de otros chicos. Era extraño pensar que Sara-Kate sabía tan poco acerca de una parte tan importante de mi pasado, que hasta Bryn Davenport estaba más cerca que ella de toda esa situación.

En ese entonces, la secundaria parecía algo tan lejano. Era difícil aceptar que yo había llegado hasta ahí y

Donovan no. Me pregunté si habría asistido a la escuela durante estos cuatro años... o si estaba encerrado las veinticuatro horas del día, sujeto a un mueble mientras el secuestrador salía.

—Lo siento —se disculpó Bryn, los ojos llenos de preocupación—. ¿Demasiado para un viernes por la mañana?

—No, no —sacudí mi cabeza mareada y tironeé indolentemente el dobladillo de mi top—. Estaba pensando en el cuestionario sobre las formas de gobierno. Lo olvidé totalmente.

—Bueno, es para Jacobsen —Bryn sonrió levemente, me tocó el brazo con suavidad y dejó la mano por un momento, como si temiera que no pudiera mantenerme en pie por mis propios medios. ¿Realmente parecía tan drogada? Necesitaba un espejo—. Si te va mal, te dará otra oportunidad. Nos vemos.

Se alejó deprisa y desapareció en la multitud, abriéndose paso entre dos enormes jugadores de fútbol americano. Bryn sí que era pequeña y temeraria.

Todos nos apilamos en el amplio y húmedo gimnasio entre los chirridos de nuestros zapatos sobre el lustroso campo de básquet. Miré a mi alrededor durante lo que me pareció que habían sido diez minutos antes de divisar a Sara-Kate y a Phil. Luego respiré profundamente y comencé a trepar las gradas de madera. Solo me tambaleé una vez y me afirmé en Joey Thompson, cuyos hombros eran tan gruesos que no creí que se hubiera dado cuenta.

Intenté deslizarme hacia el extremo donde se encontraba Phil, pero él no se corrió. Dejó de hablar con

Sara-Kate el tiempo suficiente como para señalar el lugar vacío que había al otro lado de ella. Genial. Pisé los pies de Phil y luego los de Sara-Kate, antes de dejarme caer junto a Klein. Hosea se encontraba a su lado. Sus ojos se posaron en mí y luego se apartaron y, por alguna razón, eso me pareció una pérdida mucho mayor de lo que había sido en realidad.

Klein se inclinó hacia mí y juro por Dios que su colonia casi me ahogó, pero me concentré en respirar por la boca para que no lo notara. Lo que yo realmente deseaba hacer era mirar más allá de él y hablar con Hosea, preguntarle cómo había llegado a tocar tan bien el piano.

—Vienes esta noche a mi fiesta, ¿no? —preguntó Klein con una amplia sonrisa.

Unos tragos de vodka y una o dos pastillas y, sin la menor duda, eso se transformaría en una sonrisa libidinosa.

Me contuve para no retroceder y le respondí: “Pienso que sí”, mientras hacía sonar mis nudillos uno por uno.

Eché una mirada a Phil y a Sara-Kate, pero no podían ayudarme. Phil estaba quejándose de todo el tiempo que había pasado preocupándose por el examen de Trigonometría para que terminara pospuesto por esa reunión, mientras Sara-Kate asentía con las piernas cruzadas una sobre la otra con pantimedias de red. Mi amiga era buena: parecía que estaba realmente interesada en lo que Phil decía.

—Vamos a festejar que tu amigo regresó —Klein se acercó más a mí y dijo en voz baja—: No *pienses*, Piernas. Ven.

—¿Cómo está Trisha? —pregunté en voz alta.

Desde el otro lado de Klein, se escuchó una risa leve. No pude esconder la sonrisa pero tampoco pude mirar a Hosea. En cambio, dirigí la cabeza hacia el frente, donde el director y la asesora escolar intentaban silenciar a todo el mundo para comenzar la reunión.

El director Detz se refirió al milagro del regreso de Donovan. Comentó que, a pesar de que no todos lo habían conocido, formaba parte de la Escuela Secundaria de Ashland Hills porque, si no lo hubieran secuestrado, ahora sería alumno de cuarto año.

Las manos entrelazadas, Crumbaugh estaba de pie junto a Detz, con aspecto de que el otoño había explotado encima de ella. Era un poco absurdo que hubiera dedicado su vida a preparar chicos para enfrentar el futuro cuando ella todavía se vestía como una niña. Su guardarropa combinaba con las estaciones y con las fiestas: en octubre, suéteres con calabazas y, en febrero, corazones rojos de pies a cabeza.

—Este es un momento de alegría —declaró con su voz nasal—. Pero sé que algunos de ustedes pueden sentirse confundidos por los *sentimientos* que ha desatado el regreso de Donovan. Por ese motivo, durante las próximas semanas y mientras nos vayamos enterando los detalles de su historia, voy a trabajar en horario corrido.

Me incliné hacia Sara-Kate.

—¿En serio? ¿Está diciendo que lo hace por nosotros?

—No sé de qué habla —comentó mi amiga mientras sacudía la cabeza y llevaba la mano al *piercing* plateado que tenía en el labio inferior.

Ninguno de los que se encontraban en ese gimnasio tenía la menor idea de todo lo que le había sucedido a Donovan, ni podían siquiera imaginarse cómo había sido su vida a partir de los trece años. Aun cuando no hubiera estado encadenado a una cama, sus días no debían haber tenido nada que ver con los nuestros. Cuanto más lo pensaba, más segura estaba de que nunca había asistido a una escuela secundaria. Los secuestradores no se preocupan por la educación, ni por las actividades extracurriculares ni por las dietas balanceadas.

—Gracias, Sra. Crumbaugh —Detz le sonrió como si ella fuera el ser más agradable del planeta. A continuación, ambos comenzaron a lanzarnos una serie de extrañas advertencias de peligro, que eran más apropiadas para una clase de niños de kínder.

Sara-Kate pronunció mi nombre y, cuando elevé la mirada, ya estaba de pie y me extendía la mano como para ayudar a levantarme. La reunión había terminado y yo me sentía peor que al comienzo.

Hablar de Donovan no me haría olvidar que, durante meses y hasta años después de su desaparición, cada vez que salía de mi casa escuchaba su voz: haciéndome bromas acerca de la manera en que me paraba en primera posición aunque no me encontrara en clase de baile, los talones juntos y los dedos de los pies apuntando hacia lados opuestos. O invitándome a su casa para comer el postre, porque los Pratt comían pastel, tarta o helado todas las noches y no solamente durante las fiestas o en ocasiones especiales.

Una charla con Crumbaugh tal vez podría ayudar a otros alumnos, a aquellos que no tuvieran los recuerdos o la conexión que yo tenía con él. Aquellos que no tuvieran un registro de años de pijamadas e innumerables viajes a la escuela compartiendo el mismo vehículo, que no supieran que él me entendía completamente sin siquiera proponérselo.

Pero hablar de Donovan no conseguiría hacerme olvidar la última vez que nos habíamos visto. Esos últimos minutos compartidos habían estado tan llenos de tensión y secretos que había llegado a cuestionarme, por primera vez en mi vida, si todavía seguíamos siendo mejores amigos.